



americano, de los intereses colombianos; el segundo, un *imperator* del pensamiento y la palabra, cuyo solo nombre, después de su muerte, es un símbolo de grandeza. Los paladines franceses le llamaron *le maitre*: el maestro. Antes lo había sido una gloria del partido liberal que fulguró en el mundo como un sol y que se llamó Santiago Pérez Triana. Así, señores, es como el partido liberal ha honrado a su patria en las patrias de los demás.

Hoy el concepto de patria se está relajando en una forma que repugna al buen sentido de humanidad y que desdice del grado de cultura a que han llegado los hombres en el Siglo XX, amparados por la moral, la justicia, las prácticas y el derecho. Los principales detentadores del sano y genuino concepto de patria son los dirigentes de los países totalitarios, a los cuales aplaude el partido conservador de Colombia y con cuyas ideas comulga, partiendo de un mismo plato el venenoso manjar que tiene todas las apariencias de un saludable comestible.

Cuando se está ausente y se piensa en la patria, esta evocación nos hace representar en el espacio nacional el grupo de nuestra familia condensada en el momento actual, la prolongación de la misma en el pasado con toda la riqueza de su sangre y sus afectos, y la proyec-

ción de la misma en nuestros hijos y colaterales, que son la continuidad de la vida. El lazo que nos une es, pues, de pura gente, de familias en grupo y sucesión, en estática y en dinámica; es el parentesco diluído, en una palabra. Cuando con base en este complejo e interesante vínculo se enjuicia el ideal de patria, excluyendo o posponiendo cualquiera otra consideración, es la ley de la sangre la que se impone y manda, y cuando esto ocurre es el *jus sanguinis* lo que crea con egoísmo la entidad patria y lo que confiere nacionalidad a sus hijos. El concepto es muy claro, pero egoísta; por esto no sirve para inspirar ninguna modalidad democrática; el derecho de la sangre apenas debe ser considerado como un factor, pero no como el factor único y decisivo para constituir patria. Este es el enorme error de Alemania, con que está alimentando su política inmanente, y que la cultura de este siglo de las luces y del amor no puede admitir, y mucho menos, compartir. Así se presenta ese pueblo valerosamente industrial como un conglomerado tribal, como una sarta de clanes, que hace ver sin querer ver, a una nacionalidad de hordas. La Europa no ha sido extraña a este género de irrupciones, y como la historia se repite por ciclos más o menos largos, los dirigentes de la Alemania actual acaso sean víctimas ciegas de ese determinismo histórico que no debemos imitar, porque quien imita lo

extraño e inusitado, para identificarse en el pensar y en el obrar, ha renunciado con anticipación a su propia personalidad. Que el conservatismo colombiano simpatice con esta política; que se ufane de hacer suya la política alemana, bien le está si como gobierno muy poco pudo hacer por la grandeza de Colombia y si al caer como partido de gobierno ya había perdido la virilidad de su propia conciencia para continuar rigiendo la medular democracia del país más democrático del mundo de Colón. Lo que se dice de Alemania puede decirse de los demás países totalitarios, inclusive del Brasil, a quien le falta por llenar de planta humana toda su amazonía para poder practicar con lealtad la política forastera. Es verdad que el Brasil es un estado europeo en medio de la América hispana, pero sus factores de trópico y vecindad, de despoblado, endemias y agricultura no pueden dar la suma tóxica que se ha menester para infiltrar el virus de una política que reprueba y maldice la cultura contemporánea. El Brasil se salvará de la política de horda por su geografía y demás circunstancias ambientales.

Países que, como Francia, no adoptaron para su nacionalidad el derecho exclusivo de la sangre, sino las acertadas combinaciones que el derecho público tiene para el efecto establecidas, en forma que consulta el derecho de los hombres, la sabiduría de los gobiernos y los

ideales de justicia, tienen muy diferente orientación para la constitución de patria. Para Francia, como para Colombia, lo sagrado de la patria no es solamente la sangre, no es una raza, ni una suma indefinida de familias: es también el suelo. Sobre el suelo de Colombia cada hijo suyo oficia su culto de latría, y en su intensidad y fervor se empeña el gobierno liberal, haciéndola opípara para el hambriento, generosa para el necesitado, misericordiosa para el que sufre, amorosa para el díscolo, sana para el enfermo, libre para el esclavo, refugio para el fugitivo, tolerante para el sectario; y no podía hacerlo de otro modo, porque para algo trascendental la encunan los dos océanos, la empenachan los Andes, la exornan las cintas de sus majestuosos ríos, se le tienden las llanuras y comprime con orgullo de madre fecunda y poderosa la riqueza americana: ella posee el petróleo de Méjico, los ganados de la Argentina, las minas de Bolivia, el banano de Centro América, los frutales de Chile, la sal del Perú, el cacao del Ecuador, las pampas de Venezuela, el maíz de los Estados Unidos, el pescado del Canadá; y pronto, muy pronto, las plantas químicas de Alemania y las manufacturas de Inglaterra nos arrullarán con sus ruidos por obra del liberalismo.

Tiene, pues, el liberalismo sobre el tapete una multitud de medidas por realizar, que por

sí solas constituyen un interesante programa de gobierno, interesante tanto más cuanto que ese partido ha salido de la adolescencia; ya no es el romántico de antes, y se halla en plena juventud. Su obra de ahora no sólo es de acción positiva, sino de rectificaciones, como pasa con su antiguo ideal de federación, el cual ya no tiene razón de ser porque con la multiplicación de las vías de comunicación y la facilidad de los transportes, la unidad territorial del Estado se ha hecho más estrecha, el viejo aislamiento de las secciones se ha acabado, y las diferencias regionales se han ido extinguendo por virtud de la mutua compenetración de personas e intereses. La descentralización administrativa, que que el partido conservador no entendió ni quiso practicar, no obstante la reforma constitucional de 1910, se está operando en la actualidad, a plena satisfacción de los pueblos y a base de la democratización del crédito y de la ingerencia de las masas populares en actividades oficiales. La economía, que por razón de la heterogénea producción nacional tiene bien distribuido el trabajo y la riqueza, con los estímulos que está recibiendo de la obra oficial, no da margen para auspiciar una revolución interna sobre descentralización. Así se explica que mientras el gobierno estimula la industria fabril de la costa atlántica, ayude simultáneamente al triguero de Boyacá; que mientras al cosechero de

caña dulce del Valle del Cauca lo enrola en el cooperativismo para que conserve su patrimonio y defienda su industria, dé facilidades al ganadero de Cundinamarca y el Tolima para que importe sementales y traiga al país, bajo favores fiscales, implementos agropecuarios. El arroz y el maíz, como artículos primordiales de alimento del colombiano, ya no se explotan solamente en la Colombia de los departamentos, sino en las Comisariás del Putumayo y el Caquetá y en Intendencias como la del Meta. El Chocó tiene una gran colonia bananera, y San Andrés y Providencia intensifica la producción de frutales, como el naranjo, y con sus cocoteros abastece el laboreo de la copra, mantecas y otros productos que se manipulan en Cartagena y Barranquilla. Sumar toda esta labor de redención al desarrollo de las carreteras que complementan el eje económico del río Magdalena, sumar todo ello a las líneas troncales de ferrocarril, con las carreteras que conducen a ambos mares, y mirar al cielo nacional cómo se lo cruza por naves aéreas en diferentes direcciones, es tanto como asistir al más bello certamen que el patriotismo liberal pueda presentar como rendimiento glorioso de sus jornadas; y ante la expectativa del desarrollo futuro de las industrias, mira el gobierno nacional hacia las cataratas de nuestros inmensos ríos que descuelgan por las selvas orientales como dioses cerreros, llenos de ma-

jestad y poder. Pletórico el liberalismo de una lujuria industrial por engrandecer la patria, se está preparando para aclimatar pescados de consumo humano en las aguas de ríos y lagunas nacionales, porque ha comprendido que es menester abastecer de carnes a los centros de población para regenerar la raza y nutrir el músculo.

Algún día con el auxilio del capital internacional, a cuya inversión no hay que temer en empresas de ingente costo, para las cuales el capital nacional es impotente, erigirá plantas siderúrgicas, laboratorios de química, fábricas de drogas que nos tienen en condiciones de siervos del exterior, y más que todo, y para un futuro no remoto, para organizar la marina mercante, con cuyos solos transportes tendría Colombia un máximo provento de millones, pues nuestra exportación crece continuamente, poseemos dos inmensas costas y nuestra posición geográfica nos tiene enfrente al Asia, que está desarrollando su comercio; nos hace mirar al Africa, ávida de civilización y productos, y a cada instante nos conecta con Europa, de quien hemos venido recibiendo y para quien está llegando la hora de comprar nuestros productos, porque la América se revierte.

Si por un momento dejara el liberalismo de mano la realización de este trascendental y patriótico programa, que es programa del mundo, porque el liberalismo es una colectividad de

propósitos universales, como lo son el pensamiento, el progreso, la justicia y el derecho, sería igual a que la humanidad colombiana renunciara a su propia dignidad. Esta labor del liberalismo por la patria, hondamente intensificada y esparcida, es la resultante de sus empeños comprometidos por ciclos: el General Santander le dio su fisonomía civil y orientaciones positivistas con pensadores de la escuela inglesa; José Hilario López suprimió la esclavitud y elevó la dignidad de la raza proscrita; Mosquera le dio su progreso material; Murillo Toro organizó su hacienda y le dio legislación sustantiva; los Presidentes de la Confederación Granadina le imprimieron su inalterable fisonomía de democracia americana; Olaya Herrera le dio lustre; Alfonso López hizo de ella una condensación libérrima de democracia, y ahora Eduardo Santos labora su reconstrucción plena para que en ella vivan y huelguen, trabajen y se dignifiquen, los ciudadanos colombianos.

Si queremos patria grande y poderosa, perseveremos en el impulso de nuestra política liberal, sin reparar en los hombres, que son incidentes, los cuales, como representantes suyos, tienen una sola enseña, un solo ideal, y más que todo, una sola consigna: la de ayudar al gobierno en el desarrollo de sus programas de regeneración. Hagamos patria grande con política grande.



